

Richard Ford
Canadá

NOTA DE LECTURA PARA NADADORES

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: Notas de lectura, Nadadores,
Fecha de Publicación: 16/09/2025 y 21/01/2026
Número de páginas: 7
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

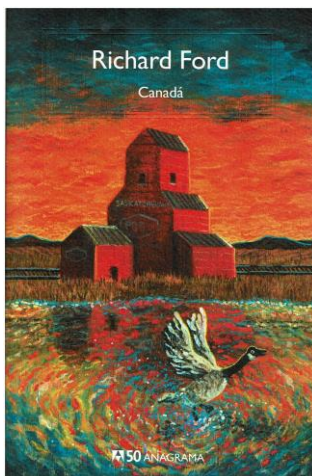
El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del
Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS), bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

Richard Ford: Canadá

Traducción de Jesús Zulaika.

Barcelona, 2019, Anagrama (1º edic. 2012 y 2013)



Si tus padres son un disparate y roban un banco, es bastante probable que tu vida se complique. Y si ellos acaban en la cárcel y tu hermana gemela se larga, también es muy posible que las cosas empeoren. Dell Parsons tiene quince años cuando todo esto explota en su cara y lo obliga a hacerse mayor en un instante. Huyendo de ese delito que no ha cometido, tanto como de los servicios sociales, el adolescente arribará a Canadá para abrirse a una nueva vida, una vida de adulto.

Canadá fue, sin duda, uno de los libros importantes en la librería. No sé cuántas veces lo recomendé, pero sí recuerdo cómo volvían los clientes contando lo mucho que les había gustado, cuántas conversaciones entablamos en torno a la obra y los muchos lectores que quedaron cautivados por Ford a partir de entonces. La habilidad en la utilización de la prosa y el acierto con que se combinan los ritmos de la historia –fresco y ágil en el robo, pausado e íntimo en la huida– hacen de esta una novela memorable.

Canadá forma parte de los libros de mi vida. Uno de esos que nos recuerdan que leer es un placer.

Eva Cosculluela

Los portadores de sueños

Richard Ford (Jackson, Mississippi, 1944), Premio Princesa de Asturias de las Letras 2016, ha publicado las novelas *Un trozo de mi corazón*, *La última oportunidad*, *Incendios*, *Canadá* y la trilogía protagonizada por Frank Bascombe: *El periodista deportivo*, *El Día de la Independencia* y *Acción de Gracias*. En Anagrama también se han editado cuatro libros de narraciones cortas y largas, *Rock Springs*, *De mujeres con hombres*, *Pecados sin cuento* y *Francamente, Frank*; dos libros memorialísticos, *Mi madre* y *Entre ellos* y los textos de *Flores en las grietas. Autobiografía y literatura*, que le han confirmado, sin discusión, como uno de los mejores escritores norteamericanos de su generación.

Ilustración

Manuel Marsol

www.anagrama-ed.es
@AnagramaEditor
www.facebook.com/AnagramaEditorial
www.instagram.com/anagramaeditor



Quienes conocen Norteamérica (EEUU, mejor), dicen que los personajes y situaciones de esta novela son muy americanos (norteamericanos, mejor, estadounidenses); su mestizaje, su exilio interior y cierta extrañeza ante la vida misma, su descolorido existencial, o nomadismo o provisionalidad, pudiera decirse, o algo así... Parece que Richard Ford (1944) fue o es autista y tal vez eso influya en su visión – agudeza – de una realidad o en su punto de vista lateral o de perfil de la misma, captando así mejor sus peculiaridades singulares. Sea como sea, la familia del protagonista y narrador, Dell Parson, su padre Bev (de Beverly) Parson, su madre Neeva (de Geneve), de soltera Kemper, apellido americanizado del original polaco Kampycznski, de origen judío, y su hermana gemela Berner, que de adulta adoptaría el nombre de su padre, Beverly, que le

gustaba más como nombre de mujer que el suyo propio, son también un ejemplo de gente insegura y en la cuerda floja, familia en movimiento, de acá para allá, y siempre a punto de desintegración por una razón u otra. El colmo de la situación se anuncia desde la primera frase del libro: “Primero contaré lo del atraco que cometieron nuestros padres”.

Y es a partir de ahí de donde surge el relato, la novela: el atraco a un banco en Cheekmore, en Dakota del Norte, una ciudad no muy lejana de donde ellos vivían. Una desgracia que desarticula la familia, a los ojos del adolescente Dell, hace desaparecer a sus padres en la cárcel y a su hermana gemela y a él, quinceañeros, los separa para siempre, los hace prematuramente dueños absolutos de su destino, nada fácil, a una en California y al otro en Canadá.

Todo sucedió cuando los padres estaban a punto de separarse, pues la madre estaba preparando el viaje para irse con sus dos hijos a casa de sus padres, abuelos a los que ellos apenas conocían, en Seattle, en otra ciudad, y el padre estaba con problemas de deudas a causa de un negocio ilegal de venta de carne robada que le proporcionaban unos indios, y que estaba en la base de la idea de atracar un banco. Todo ello va apareciendo en el relato a través de los ojos y la mente confusa e insegura, en cuanto a la interpretación de lo que sucede, del joven Dell.

NADADOR FRUSTRADO

El personaje principal de la primera parte de la novela es sin duda el padre de Dell, Bev Parson. Una buena evocación suya la hace el autor, la que creen víspera de la partida de su esposa con los hijos a casa de sus padres, que al final había de ser frustrada por la detención misma a causa del robo del banco. Es ahí en donde aparece ese nadador frustrado que resulta ser Bev, de alguna manera. Hasta entonces no había aparecido la figura de un nadador, salvo una tarde en que los dos gemelos, Dell y Berner, solos en casa, se acercan al río de su pueblo a echar miguitas de queso y “los azulones se acercaban nadando y aleteaban y se peleaban por ellas mientras se alejaban hacia los juncos de la orilla opuesta” (p.145). Pero es ahora, esa víspera de una separación, aunque será muy otra de la que esperaba el chico, de la que esperaban todos en la familia, cuando Bev evoca brevemente su vida para su hijo, en plena noche de insomnio (pp.183-185):

Cuando me levanté en mitad de la noche para ir al cuarto de baño, encontré a mi padre sentado en la mesa de jugar a las cartas, solo, con las piezas del rompecabezas de las cataratas del Niágara esparcidas delante de él como si fueran una comida. En la parte frontal de la casa estaban todas las luces encendidas. El rompecabezas estaba casi terminado. Faltaban sólo algunas piezas de un cielo mellado. Mi padre llevaba la ropa de antes: la camisa blanca, ya arrugada, los tejanos y las botas, llenas de rozaduras en las puntas. Pero se había afeitado, y olía como si se hubiera dado un baño. Volvió la mirada hacia mí y pareció contento de verme, aunque yo traté de irme directamente a la cama.

Se puso a hablar:

-¿Sabes? Cuando era un chico de tu edad... - Cogió una ficha del rompecabezas y la levantó para estudiarla, y luego la probó en un espacio vacío del cielo, donde encajaba perfectamente. Vi que seguía teniendo betún debajo de los bordes de las uñas -. Era un atleta bastante bueno. Los deportes eran algo importantísimo. Nadie tenía nada más con lo que pasarlo bien. Seguro que sabes lo que fue la Depresión...

Yo había leído sobre Roosevelt y Hoover y la Marcha Obrera y las colas para el pan en Educación Cívica. Dije:

-Sí, señor.

-Bien... - Probó con sumo cuidado otra pieza del rompecabezas, pero no casaba. Sacudió la cabeza -. Podría haber sido muy bueno en deportes; en fútbol americano y en béisbol, por ejemplo. Pero nadie me enseñó nunca nada, ¿sabes? Me refiero a los entrenadores. Si marcabas puntos o nadabas, era sólo gracias a tus facultades naturales. Así que... -Sonrió como si le hiciera feliz explicarme aquello -. Yo marcaba puntos. – Se aclaró la garganta, y tragó saliva -. Eso es lo que me llevó a alistarme en la Fuerza Aérea. No inmediatamente. Sino al final. – Cogió una pieza más pequeña y la apretó con suavidad sobre el espacio vacío, y emitió como un cacareo cuando vio que encajaba a la perfección. Sólo le faltaban cuatro piezas. Se dio la vuelta en la silla y me estudió con la mirada. Yo llevaba el pantalón del pijama de rayas azules y blancas, y estaba descalzo -. ¿Por qué estás despierto? -dijo-. ¿Tienes grandes preocupaciones?

-No, señor –dije. Aunque las tenía. El instituto. Irme a Seattle. Por qué él no venía con nosotros. Por qué la policía nos seguía y pasaba por nuestra casa en coche. Tenía montones de preocupaciones.

-Bueno, eso está bien – dijo -. Así debe ser cuando tienes quince años. Tienes quince años, ¿no?

Se echó hacia atrás en la silla del comedor.

-Sí, señor – dije.

-Tu madre tiene en mente hacer algo, creo. Es posible que siempre haya querido hacerlo. Tener un futuro. No se lo echo en cara. Pero no lamento haberme casado con ella. Si no nos hubiéramos casado, no os tendríamos a vosotros. -Miró la pieza del rompecabezas como si tuviera algo interesante pegado a ella. – Está algo resentida conmigo en este momento, Pero se le pasará cuando lleguéis a Seattle. Ella fue a la universidad, y yo no.

-¿Por qué no fuiste a la universidad?

Quería preguntarle por qué no venía con nosotros y por qué mi madre estaba resentida con él, pero, en lugar de ello, le pregunté por qué

no fue a la universidad. Siempre había querido saberlo.

-Nunca se planteó la posibilidad. -No parecía preocuparle en absoluto -. Todos creían que ya era lo bastante inteligente. Para mis aspiraciones. Y posiblemente tenían razón.

Sabía que no, pero quería hacer como si aún cupiera la posibilidad de que sí viniera.

-Soy feliz aquí. Te lo he dicho esta tarde. Estaré aquí cuando volváis. El plan es de tu madre, no mío.

-¿Vas a volver a trabajar?

Sonrió abiertamente, y volvió a rascarse la oreja con la pieza del rompecabezas.

-Si me dan el puesto... Aún estoy empezando. Y tengo maña para ello, creo...

Aquí podría verse en síntesis literaria interesante un perfil del padre de familia, Nadador frustrado y guapo americano listo que se alistó a la fuerza aérea y luego la abandonó para dedicarse a negocios siempre inseguros como las ventas de autos, terrenos o ranchos y lo que se terciara, con su familia de acá para allá y una esposa ilustrada, profesora accidental y a punto de abandonarle para intentar “tener un futuro” más acorde con sus aspiraciones...

La segunda parte de la novela es la apertura de un mundo nuevo para el niño apenas adolescente al que ha conseguido llevar a Canadá una amiga de su madre para evitar que cayera en manos de la beneficencia americana, que podría suponer un destino poco deseable; el plan era llevar a los dos hermanos, pero la muchacha había huido ya por su cuenta para iniciar una vida independiente autónoma. Al ser el joven Dell el narrador, es su protagonismo y punto de vista el que lo sigue presidiendo todo; y los nuevos personajes de la acción, en un hotel fronterizo canadiense, a donde acuden cada año estadounidenses a la caza del ganso salvaje, vuelven a ser gentes de desarraigo profundo, como el propio recién llegado Dell Parson.

Uno de esos personajes es un indio mestizo, Charley, a quien ayudaba en la preparación de las campañas de caza del ganso, así como en el acompañamiento a los cazadores, los Sports, como ellos los denominaban, y a la recogida posterior de las piezas cazadas. Este Charley era un tipo inquietante que se maquillaba su rostro a pesar de hacer su vida de manera bastante aislada, y como contraste con su rostro de apariencia poco tranquilizadora, apariencia casi feroz. El nadador, por otra parte, no es él mismo, sino una parte también inquietante de su rostro... Le está narrando a Dell lo que conoce de la historia misteriosa de su patrón, quien ha acogido al muchacho huido porque la enfermera amiga de su madre que le ha traído es su propia hermana. (pp.408-409).

Charley me miró para ver si le estaba escuchando. Yo estaba a su lado, y había dejado de limpiar los gansos para poder prestarle una atención

más estrecha; la historia me estaba impresionando mucho.
Charley se puso otro cigarrillo entre los labios. La mancha de sangre del blanco de su ojo izquierdo se desplazó y pareció nadar y lanzar destellos. No llevaba pintalabios; no se pintaba los labios cuando había Sports de por medio. Pero en sus mejillas picadas de viruela había huellas de colorete -se lo había puesto en los fosos de tiro-, y sus ojos seguían con la orla negra en torno. Llevaba un delantal negro de soldador manchado de sangre en la parte delantera, tenía sangre en brazos y manos y olía a entrañas de ganso. Habría sido una visión chocante para cualquiera.

Una gota de sangre nadando en lo blanco de un ojo. Eso era todo, en la evocación de un personaje extraño y marginal, pero al mismo tiempo guía de un muchacho aún asustado por la incertidumbre de lo que le espera.

El índice de la novela no puede ser más sobrio, más enjuto, más escurrido...

ÍNDICE	
Primera parte	11
Segunda parte	259
Tercera parte	477

Y una imagen del autor del tiempo de la escritura de la novela.

